

Capilla de San Honorato en Bretaña.

CRONICON ALBELDENSE.

(Conclusion.)

71. El ya nombrado Abadella, hijo de Juph, por bienquistarse con los cordobeses, se declaró en pugna contra sus tíos y hermanos, pero en el mismo invierno por tenacidad del citado Abadella, su tío Imael y el primo de este Imael-Iben-Fortum, levantaron un ejército de cerca de siete mil hombres para hacerle la guerra. Abadella les aguardaba en un monte frágoso, en el que sin reflexión se ocultaron ambos Imaeles con algunos siervos y hombres de armas. Abadella cayó sobre ellos de improviso, y al huir Imael-Iben-Fortum, fué derribado del caballo y hecho prisionero. Del mismo modo Imael-Iben-Muza, queriendo libertar y defender á su pariente, fué cogido, como tambien muchos de los valientes de Benikazi. El resto del ejército que estaba en la llanura huyó.

72. El victorioso Abadella envió sus prisioneros encadenados á su castillo de Beccaria. Marchó sobre Cesaraugusta, la tomó sin oposicion, y la sujetó á sus leyes. En seguida envió á Córdoba sus emisarios, que alcanzaron del Rey la paz que observó con fidelidad. Mas como aquella ciudad fuese reclamada por el Rey de Córdoba, y no conviniese en ello Abadella, se conmovieron los Cordobeses, pero en breve se hicieron todos amigos. Abadella libertó á su tío, se apoderó del castillo de Balterra, dió tambien libertad á su primo, tomó de este á Tutela y al castillo de San Estéban, y conservó á Cesaraugusta.

73. En los mismos dias, Didaco, conde de Castella y Vigila de Alava, sostuvieron muchos combates con Abadella, el que viéndose muy estrechado, envió legados á nuestro Rey para proponer la paz, pero aquel no la aceptó. Continúo sin embargo en amistad con nosotros, aunque nuestro principe nunca consistió en ella.

74. Despues en la Era DCCCCXXI, que es el presente año, el referido Almudar, hijo del Rey Mahomat, con el capitan Albahalit, y todo el ejército de Spania, se dirigió por mandado de su padre á Cesaraugusta, donde encontró á Abadella que habia vuelto allí. Solo dos dias guerreo pero en tan cortó tiempo arrasó los campos y los árboles, no solo en Cesaraugusta, sino en toda la tierra de Benikazi. Tambien entró y destruyó en la parte de Degium (Deza), mas no pudo hacerse dueño de ninguna de las ciudades y castillos recientemente poblados. Poco tiempo despues invadió la misma hueste los dominios de nuestro Rey, y peleó primero en el castillo de Cellerico, donde perdió muchos de los suyos. El conde Vigila lo defendia.

75. Llegó despues al castillo de Pontecurbo, en los linderos de Castella, é intentó tomarlo; pero al tercer dia, viendo eran inútiles sus

esfuerzos, se retiró. Era su defensor el conde Didaco. Tampoco logró apoderarse del castillo de Sijerico, que estaba á la sazón muy fortificado. Por el mes de agosto avanzó Almudar hasta los términos de Legio. Mas habiendo llegado á sus oídos que estaba nuestro Rey en aquella ciudad dispuesto á defenderse y á combatir en el castillo de Sublancia, partió de noche desde el río Zela y llegó al lucir el día al mismo castillo antes que nuestro ejército pasase el río, pero encontró desiertas las casas. Al día siguiente estaba nuestro Rey aprestado para la batalla, pero la referida hueste de los enemigos, no solo no llegó á Legio, sino que retrocedió sin atravesar el río Estora por el castillo de Coyanka y Zejam, arrasando á su paso hasta los cimientos la casa de los santos Facundo y Primitivo (1). Continuando entonces la retirada, entraron en Spania por el puerto que llaman de Balatcomali. El mismo Albahalit, cuando se hallaba en las cercanías de Legio, rogó repetidas veces con la paz á nuestro Rey. Este nombró al efecto por delegado á Dulcidio, presbítero de la ciudad de Toletó, que partió con cartas para el Rey de Córdoba en el mes de Septiembre, y aun no regresó en el corriente mes de Noviembre.

76. El ya referido Abadella, no cesa de instar con la paz y amistad á nuestro Rey, pero aun no sabemos lo que Dios dispondrá.

ENTRADA DE LOS SARRACENOS EN SPANIA.

77. Como ya dijimos arriba, reinando el Godo Roderico en Spania, se movió escision entre los hijos del Rey Vitizano, que deseaban destruir el Reino con la ayuda de los Sarracenos que habian entrado en Spania en el tercer año del reinado de Roderico el día III de las idus de Noviembre, Era DCCLII. A la sazón reinaba en Africa Ulit Amisalmuminin, hijo de Abdelmelic, y corria el año C de los Arabes. El primero que entró en Spania con lo mas escogido de los moros, fué Abzuhura, que estaba á las órdenes de Muza, general en Africa.

78. En el siguiente año entró Jarik. En el tercero, continuando la guerra de Jarik con Roderico, entró Muza-Iben-Muzeit, y entonces acabó el reino de los Godos su honra y su gloria por el terror y el hierro.

De el fin de este Rey Roderico, nada se sabe hasta el día de hoy.

AQUÍ SE ESPRESAN LOS CAUDILLOS DE LOS ÁRABES QUE REINARON EN SPANIA.

79. El referido Muza-Iben-Muzeir que entró en Spania, reinó I año y III meses.

(1) Era esta el monasterio de Sahagun.

46 DE MAYO DE 1832.

Abdelaziz-Iben-Muza, reinó II años y VI meses.

Aiub, reinó I mes.

Alhor, reinó II años y X meses.

Zama, reinó III años.

Abderahaman, reinó I año.

Hodera, reinó I año.

Jahia, reinó I año y VI meses.

Hodiffa, reinó VI meses.

Autuman, reinó IV meses.

Geleitam, X meses.

Abdelmelic, reinó II años.

Aucuba, reinó IV años, V meses.

Abdelmelic, también reinó I año y I mes.

Abul-Hatar-Iben-Dimari, reinó II años.

Taubá, reinó I año II meses. Total XXVII años y XII meses.

Estos caudillos permanecían poco en el gobierno, se sucedían unos á otros segun disponia el Amiralmaumin. Ninguno de ellos fué gobernador vitalicio, hasta que vinieron á Spania los Venihumeia.

SIGUEN AQUÍ LOS REYES QUE REINARON EN CÓRDOBA, DESCENDIENTES DE BENIHUMEIA.

80. Juzef reinó XI años.

Abderahaman-Iben-Mavia, reinó XXXIII años.

Eiscam, reinó VII años VI meses.

Alhacam, reinó XXVI años VI meses.

Abderahman, reinó XXXII años y VI meses. Este consiguió muchas victorias reinando en Spania Ordonio, Príncipe de los Cristianos.

Mahomath, reinó por espacio de XXXII años. En este tiempo Abuhalit, general de su ejército, como ya indicamos arriba en el catálogo de nuestros Reyes, fué hecho prisionero en los confines de Galesia, y presentado á nuestro Rey Alefonso en Oveto. Los Cristianos alcanzan muchos triunfos en Spania.

Los años de la dominación de los Arabes en Spania CLXVIII, y en el día III de las Idus de noviembre, principia el ciento setenta de la predicación del infeco Mahomat en Africa; son CCLXX en la Era que corre de DCCCCXXI.

81. Desde que los Sarracenos entraron en Spania hasta la presente Era IXIII (1) pasaron CCLXII. Desde el reprobado profeta Mahomat hasta la presente Era MXIII pasaron CCCLXIII años.

ORÍGEN DE LOS SARRACENOS SEGUN ELLOS LO REFIEREN.

82. Los perversos Sarracenos creen proceder de Sarra, pero la verdad es que se llaman Agarenos por Agar, é Ismaelitas por Ismael.

Abraham en Agar, enjendró á Ismael.—Ismael enjendró á Kaldar.—Kaldar enjendró á Nepti.—Nepti enjendró á Alhumesca.—Alhumesca enjendró á Eldano.—Eldano enjendró á Muneher.—Muneher enjendró á Excip.—Excip enjendró á Jamán.—Jamán enjendró á Autith.—Autith enjendró á Atinán.—Atinán enjendró á Mahat.—Mahat enjendró á Nizar.—Nizar enjendró á Muldar.—Muldar enjendró á Hindaf.—Hindaf enjendró á Mutirik.—Mutirik enjendró á Humeia.—Humeia enjendró á Kinana.—Kinana enjendró á Melik.—Melik enjendró á Fehir.—Fehir enjendró á Galib.—Galib enjendró á Juhei.—Juhei enjendró á Murra.—Murra enjendró á Kelib.—Kelib enjendró á Cuztei.—Cuztei enjendró á Abdilmelef.—Abdilmelef enjendró dos hijos: Escim y Abdiscemiz; Abdiscemiz y Escim fueron hermanos. Escim enjendró á Abdelmutalib.—Abdelmutalib enjendró á Abdella.—Abdella enjendró á Mahomat, que fué mirado como Profeta por los suyos.

Abdiscemiz, hermano de Escim, enjendró á Humeia.—Humeia enjendró á Abilaz.—Abilaz enjendró á Accam.—Accam enjendró á Maroam.—Maroam enjendró á Abdelmelic.—Abdelmelic enjendró á Iscem.—Iscem enjendró á Mavia.—Mavia enjendró á Abderrahaman.—Abderrahaman enjendró á Mahomat.—Mahomat enjendró á Almundar.

84. Este Mahomat reinó en la referida Era de DCCCCI, y guerreó con el Rey Ovetense, llamado Adefonso. Permita la divina clemencia que los Ismaelitas sean espulsados de nuestras provincias hasta mas allá de los mares; que su nombre sea olvidado, y que su reino sea perpetuamente concedido á los fieles de Cristo!—Amen.

ESPLICACION DEL ORÍGEN DE LA NACION GODA.

84. De Gog tomaron el nombre los Godos. Y así como por toda la nacion de los Ismaelitas solo se escribe Ismael, como se deduce de aquellas palabras del Profeta: pon tu rostro contra Ismael; por toda la nacion Goda, solo se escribe Gog, de quien proviene y de quien tomó nombre. Ya unque San Isidoro en su Crónica al afirmar que esta nacion es antiquísima, dice se origina de Magot hijo de Jafet, es lo mismo, pues Magog y Gog son un solo nombre, como se deduce del Profeta Ec-

cequiel. También lo asegura el Génesis cuando espresa que de Magog hijo de Jafet, tomaron el nombre los Godos, la Gotia y la Scitia.

83. También cuando los Sarracenos poseían toda la tierra de los Godos, encontramos cumplida aquella profecía del libro de Ezequiel: «Tú, hijo del hombre, pon tu rostro contra Ismael y háblales diciendo: «Te entregué naciones fortísimas; te multipliqué, te ayudé y armé tu diestra con la espada y la siniestra con saetas, para que destruyeras las naciones que se rindieron ante tu faz como la paja seca ante el fuego, y entrases en la tierra de Gog con planta firme y matases á Gog con tu espada, y pusieses el pié sobre su cerviz, y hicieses á sus vasallos siervos y tributarios tuyos.»

86. Todo esto ya lo vimos realizado. La tierra de Gog llamada Spania estaba bajo el dominio de los Godos, mas por los delitos entraron en ella los Ismaelitas, y les dieron muerte con la espada, y los hicieron tributarios como se vé en el tiempo presente. Lo mismo repite el citado Profeta cuando vuelve á decir á Ismael: «Porque olvidaste á tu Señor te olvidé yo, y te entregué en manos de Gog, y te contristé por CCLXX tiempos, haciendo contigo lo que tú hiciste con otros.» Nuestra esperanza es en tí joh Cristo! para que cumplido este tiempo de CCLXX años desde que entraron los enemigos en Spania, sean reducidos á la nada y restablecida la paz de su Santa Iglesia (porque los tiempos se reputan por años). Permitalo así Dios omnipotente para que humillada la soberbia de sus enemigos, se acreciente y prospere la Iglesia Católica. Amen.

ADICION DE LOS REYES PAMPILONENSES.

87. En la Era DCCCCXLIII, Sancio Garseano tomó en Pampilona el nombre de Rey. Señalose por su veneracion á la fé de Cristo, y fué piadoso y compasivo con todos los fieles y oprimidos Católicos. ¿Qué mucho? Si fué excelente en todos sus hechos. Batallador con los Ismaelitas enemigos, hizo en sus tierras repetidos estragos. Dió principio por Cantabria, y desde la ciudad de Nájera hasta la de Tudela les tomó todos los castillos. Poseyó la tierra que dicen Degensem con todas sus ciudades. También sometió á sus leyes á la fuerte Pampilona, y se apoderó de todas las fortalezas del territorio Aragonés. Despues de espulsados los enemigos, murió violentamente el año XX de su reinado. Fué sepultado en el pórtico de San Estéban, y reina con Cristo en el Cielo.

Su hijo Garsea reinó XL años; fué benigno y ganó muchos triunfos á los Sarracenos, y así murió. Su sepulcro está en el Castillo de San Estéban.

Sucedieronle en el Reino sus hijos Sancio y Ranimiro, á los que Dios omnipotente conserve por mucho espacio de años. Amen.

Corriendo la presente Era MXIII.

FIN.

VIAJE AL SAHARA.

Siempre encontramos novedad en las noticias que nos traen de Africa los viajeros. Aun hoy que se conocen tan detalladamente las costumbres y el carácter de casi todos los pueblos del mundo, no dejan de encontrar algo nuevo y muy curioso los que visitan el gran desierto del Sahara. En esta parte del Africa hay muchos pueblos y multitud de tribus cuyas costumbres y hasta existencia ignoramos. En 1845 emprendió M. Jaques Richardson un viaje desde Tripoli á Ghrat y Ghradames, en que invirtió ocho meses.

Hé aquí algunas noticias con respecto á este último punto.

Desde Tripoli á Ghradames, dice M. Richardson, hay por el camino mas directo unas 150 leguas. El calor en aquel país es terrible, no dejándose ni aun conciliar el sueño, y aun llegué á creer que moria sofocado. Por fin, el 26 de agosto descubrimos la poblacion, que se presentó á mi vista como una linea negra en el horizonte: esto era el efecto de un dilatado bosque de palmeras.

La llegada de un cristiano es allí un acontecimiento; así es que bien pronto me rodearon contemplándome. Entramos en la ciudad por la puerta meridional, que parece tener unos diez siglos de antigüedad, y se encuentra casi destruida.

Rodeado de la multitud que repetía, *Es-slamah! Es-slamah!* salud! salud!, me dirigí á casa del gobernador, que me recibió cordialmente y me hizo tomar café.

La casa que se me habia preparado era muy cómoda y limpia, y estaba situada en un barrio próximo á la habitacion del gobernador. Procuré dormir, pero me fué imposible. Entonces pasé á bañarme en el manantial, genio creador de esta poblacion, y que la ha levantado en medio de un monton de piedras y arena. Allí vi por primera vez á los Tonareg, que en su mayor parte habian ido para asuntos de comercio.

(1) 4044.

Si grande fué mi asombro, mas fué el suyo, y aun oí esclamar á algunos de ellos: ¡Alá! ¡Alá! ¿cómo ha venido aquí un infiel? Despues de comer di un paseo por la ciudad, que me agrado bastante: es mucho mejor que Trípoli. En sus calles no se ven mendigos, y el pueblo está bien vestido; bien que á la llegada de una gran caravana se ponen sus trajes de fiesta.

Todo europeo es un médico para las poblaciones orientales, y no

bien hubé llegado cuando me fué preciso recibir algunas consultas y recetar medicamentos. Felizmente no necesitaba gran ciencia, porque solo tenia que curar males de la vista, que son allí las enfermedades dominantes.

Los mahometanos creen que los cristianos deben apoderarse un día de los países que ocupan; pero que en seguida, con la ayuda de Dios, volverán ellos á recobrar lo perdido. Por esta razon se miró allí mi pre-



(Sahara.)

sencia como un pronóstico de la ruina del poder musulman en Ghradames. Creían que yo era un espía, y otros que profanaba la santa ciudad. Se me convidó á comer tres días por el gobernador, siguiendo la costumbre establecida.

Por la mañana temprano di vuelta á la ciudad, y emplee en ello, con un paso regular, hora y media. ¡Qué horrorosa escena de desolacion presentan sus cercanías! ni un arbol, ni una yerba, ni una criatura viviente! Se habla de los polos, pero aquí hay menos vida. Al oeste se estendian los grupos de colinas de arena, resplandecientes como la luz, y que á veces dejan de verse por sus brillantes reverberaciones. A mi vuelta, el gobernador me dijo hablando de los habitantes de Ghradames: «Estos pobres tontos creen que no hay otra ciudad como la suya: ¡qué dirían si viesen á Stambul! Los que no han visto á Stambul no han visto el mundo!» Las murallas de la ciudad estan hechas de ladrillos cocidos al sol, y de piedras; pero se encuentran en bastante mal estado, aunque los estrechos senderos que forman en el interior los cercados de los jardines son una buena defensa. La palabra *jardin* se aplica allí á la reunion de campos de cereales y plantaciones de olivos.

La poblacion paga al gobierno turco 6,000 mahbubs (unos 140 reales) cada año. Es poca cantidad para un punto de comercio; pero hay poco dinero, porque casi todo lo tienen los mercaderes de Trípoli.

El mercado es muy pobre, y la carne apenas se encuentra: suelen reunirse varias personas y entre todos compran un carnero que matan y dividen entre sí. La vista de algun ave es allí un objeto de curiosidad.

Cuando visité la casa de mi intérprete, vi que tenia en pequeñas habitaciones unos cuantos carneros. Estos animales son para los habitantes de Ghradames lo que los puercos para los pobres irlandeses: verdaderos dioses penates. En el piso bajo tenian los almacenes: en el primero los dormitorios, y sobre este el terrado. Todo escesivamente pequeño. Unas escaleras de piedra conducen á los pisos. Todas las casas estan distribuidas de la misma manera, con la diferencia de ser mas ó menos grandes.

POBRES VERGONZANTES.

Hay en Madrid ciertas profesiones ú oficios, que no por no estar sujetos á la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser mas ó menos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician inmenso; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los

regios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del Palacio Real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas jerarquias y condiciones, se acogen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que sin mas facultades que las tres del alma, sin mas oficio que el de vivir, sin mas porvenir que el del presente día, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora, se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinar su cabeza alguna cosa mas blanda que los soportales de la Plaza, ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo aquel día pasa y se encuentran con la agradable certidumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa agena, que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos, que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias, que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó de Medinaceli.—No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus *trabajos*; pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, mas ó menos involuntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y ventura que aplicar á aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ageno; todos estan seguros de alimentarse aquel día, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero, ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado: los dones indiscretos de la vanidad y del orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los mas numerosos y modestos de estos vividores impertérritos, se colocan francamente en la posicion de *pobres vergonzantes*, ó «mendigos encubiertos y pudibundos» (segun la definicion del *Diccionario de la lengua*), escogiendo una actitud mas ó menos patética para implorar la caridad agena.—Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices mas ó menos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas mas ó menos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, v. g., muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace presente que á la hora que corre (son las ocho y media) aun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros que á la sazón os halláis, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda-butaca entre la chimenea y el velador, y sobre este despachais, que supongo, el complicado expediente del chocolate ó del café, no teneis que contestar á una interpelacion tan oportuna, no podeis resistir al espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la petaca á aquel héroe no comprendido, á aquel

Belisario de pié y medio;—O bien una encubierta dama, viuda de no sé qué intendente del Cuzco (en tiempo en que había Cuzco y se estaban también intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristóbal Colón hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debeis dar un duro porque ponga un término á su histórica narración y os deje en paz.—Ya es un patriota desdichado, víctima de la revolución ó de la política, cuya manutención pesa como un censo oneroso á cargo del partido á que dice que perteneceis, según el boletín de suscripción que os presenta, cubierto de las firmas mas respetables y eufónicas, y al que llamariamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan sucio por los borrones ajenos y por las manos cigarrosas del poseedor.—Ya es un mal parado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazón, y que acaba por exigi-

ros el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra compañía, ó prestándose á admitir cualquier otro agasajo igualmente voluntario que le hagais.—Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, teneis que hacer frente á una funesta tentación disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraídas por el imán de vuestro tierno corazón, á desahogar con vosotros su angustiado pecho, á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la orfandad y de la miseria, á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podeis acudir á remediar su desconsuelo, las bases del arancel á que podeis obtener sus mas tiernas simpatías.—Y vosotros (que supongo no estareis á la altura de fortaleza de un Antonio ó de un Gerónimo, y que no teneis á mano un guijarro con que castigar el pecho para distraerle de aquella formidable embestida) tomáis la tarjeta de la casa, os informáis de las horas de recibo, y estudiáis el arancel de su gratitud; y trocando los papeles os dirigis vergonzantes á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.



Tipo de Sahara.

No es solo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; también el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodiga la naturaleza, en desquite de lo que le negara la fortuna. Esta posición de hombre-alhaja, de galán vergonzante, de pasión de lujo, empieza en la equívoca categoría de el *chuito de á pié*, joven travieso y agraciado de Lavapiés ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los oficios de vendedor de fósforos, ó de fresas, de billetes de teatro, ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial, el tirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mugeres, que le sacrifican su belleza, su juventud y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las mas veces se explica por medio del garrote y la navaja, á trueque de una posesión que casi siempre acaba por conducir las á la cama de un hospital.

Desde este primero y sucio escalón de la categoría de galanes vergonzantes, hay infinitos que recorrer hasta lo mas alto de la escala,

pudiendo citarse entre otros el magnífico cazador, ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atención de su aristocrática señora; el esbelto mancebo y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el joven simpático y arrogante, el apuesto ginete, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera en fin, de buen tono, que arrebató la atención de las mugeres con sus gracias y gentileza, que causó la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que sin embargo, pasadas las horas de su representación teatral, se ve reducido á la condición de galán vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-deidad del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

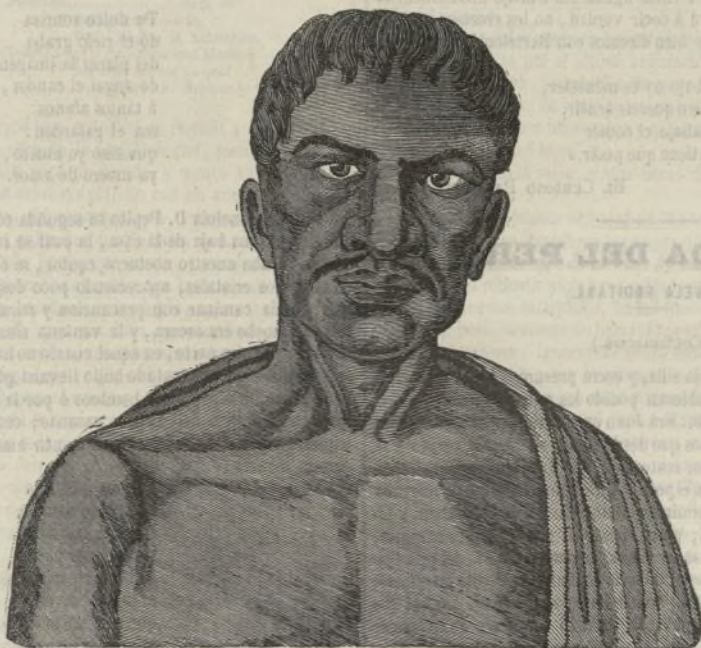
Los hay de estos dorados mendigos que no pueden sin embargo decidirse á encuadrarse en pergamino ni á vender completamente su posesión; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á explotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irresistiblemente hacia las altas cla-

ses, hacía las elevadas personas, hacía los magníficos salones y opulentas cocinas.—Estos parásitos infatigables, perpetuos vividores, convidados de piedra á todo festín, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desfilio-almuerzo, muebles de todo palco, y precisos operarios de todo tocador, tienen la dosis suficiente de ingenio para hacerse, no solo tolerables, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar solo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesas; para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial. Los franceses apellidan á este tipo un *cicour*, un *piqué-assiette*; los españoles solemos designarle con los no menos espresivos de *cata-caldos* y *panzas al trote*, ú otros así; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de *vergonzantes de buen tono*.

No lejos de esta categoría de existencias enigmáticas de *caballeros del milagro*, como se decía en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druidicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartín, hasta los que llevan la voz y el compás en los áureos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epiceno, ó común á entrambos sexos, y comprende, además de los juga-

dores, diversos papeles y condiciones, desde el bravo tameron que cobra el barato en las brisas de la Virgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitación para el sacrificio: y concluido este á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de esta, cuando era mas jóven y podia contar con otro capital de gracias, tambien su fortuna estaba en el *candelero*, tambien su altar rebosaba de adoradores, tambien su boato eclipsaba el de las clases mas elevadas. Y sin embargo nadie la conocia fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenia por otro lado tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo mas escogido y brillante de Madrid; no habia todavía en ellos discretos gabinetes cerrados con puerta de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí solo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa, hacia los honores de ella con aquella amabilidad estereotípica de las gacetas y revistas matritenses, y todas las semanas lograba la satisfaccion de ocupar una buena columna de aquellas con la reseña de la última *involvi-*



Esclavo en Sahara.

Doble soirée de la amable señora de *tres estrellas*, amenizada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo; catálogo por otra parte idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A... seguía por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z....—A toda esta música celestial de los gacetilleros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia esclamar:—«Todo esto está muy bueno, ¿pero quién es esta brillante dama, qué y con qué medios cuenta para sostener todo este lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad?»—Nadie por entonces hubiera tenido la ocurrencia de calificarla de *pobre vergonzante*, y sin embargo lo era; pero tan solo á ciertas horas del día, y en presencia de un personaje que por su gracioso condecho tenia la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demás gracias al sacar, á aquellos otros *vergonzantes* pretendientes que preferían sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antessalas años enteros, que hallaban mas cómoda esta via reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.

Otra posición no menos equívoca del *pobre vergonzante*, es la que suele ofrecer el *hombre de paja*, el *ente de razon* de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas: y al revés que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á estos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensos, trabajos magníficos; pero detrás de todo aquel aparato de decoración exterior, solo se encuentra el vacío y la indigencia, la miseria de *frac negro* y del anteaño guante; la perspectiva de las injurias, de las perse-

cuciones, de los procesos, y de las cárceles con que pagan en cabeza propia las especulaciones, los honores, y la grandeza del feliz mortal que pudo comprar un *testaférreo*.—A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el gobierno, y que sufre con paciencia las diarias invectivas de los periódicos; el *gerente* de una sociedad de industriales, que á trueque de un mezquino sueldo autoriza con su firma los embolismos de aquellos; el *editor responsable* de un periódico, que tiene que desagaviar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que ni siquiera sin embargo sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario con la blanca mano del ama de llaves dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, abijados del señor, y que reclaman tambien ante la ley un responsable editor.

No solo la miseria efectiva es la que constituye al hombre en el estado de pobre mas ó menos *vergonzante*, sino la exigencia propia, la ambición, el lujo y la vanidad.—Uno de nuestros mas célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pié mantiene;
que no es rico el que mas tiene,
sino el que há menester menos.»

cuya exactísima observacion, contraria á nuestro propósito, podríamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,
sino el que há menester mas.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo superfluo; para unos caracteres todo lo que pasa del

preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho, es lo segundo; para otros todo lo que falta del régio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festin, es lo primero.—Mendigos vergonzantes, ó inconfesos, son los que á vueltas de una patética relacion, y por precio de una lamentable historia, se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos; mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate, ó las antesalas del poder para obtener títulos y honores de que tenían hambre y necesidad.—Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á un Mecenas que le pagó la impresion. Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitucion, de un rico palacio, de un brillante carruaje, y de un abono de palco en el teatro Real.—Miserio vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto mas al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso orador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los dias desde lo alto de la tribuna parlamentaria.—Pero en fin esta es ya otra clase de mendicantes, y aqui solo quisimos tratar de los calificados en el sentido recto de la palabra. Quizás otra ocasion dando otro giro, vuelo mas estendido al argumento, consideremos la cuestion en su alta esfera, nos las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contraemos á la modesta condicion del que *se ingenia* para vivir á costa ajena sin trabajo ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasion, antes bien diremos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propaladia*.

«Trabajo no es menester,
Que si bien quereis sentir,
harto trabaja el comer
quien lo tiene que pedir.»

EL CURIOSO PARLANTE.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuacion.)

Salta en diciendo esto de la silla, y corre presuroso á buscar al viejo Juan, el portero, de quien hubieran podido los antiguos tomar la idea del Cancerbero de su mitología. Era Juan un asturiano que sin tropezar en rama hacia veinticinco años que desde Cangas se habia venido á la casa-puerta de D. Braulio: por costumbre, y quizá tambien por simpatia, se hallaba identificado con el perro de presa, único ser que lo relevaba en su puesto á las horas de dormir: gruñian á duo, á duo ladraban, y no se sabe si tambien mordian; pero á pesar de aquel agreste carácter, engendrado quizá por una clase de vida algo semejante á la del príncipe Segismundo en *La vida es sueño*, todavia confiaba D. Pepito en ponerle de su parte, aunque solo fuese porque le habia visto nacer. Asi fué que no bien llegó á su mofético zaquizamí, cuando con dulce é insinuante voz le dijo de esta suerte.

—Mi querido Juan, es necesario que hagas una cosa por mí.

—Diga, señorito, contestó el otro. ¿Qué tiene que mandar su merced?

—Poca cosa. Es menester que esta noche á las doce me abras la cadena de la puerta; pero esto ha de ser sin que lo sienta mi padre, y de modo que no ladre el perro.

Abrío entonces Juan sus espantados ojos, y fijándolos en D. Pepito, le replicó entre sorprendido y enfadado:

—¿Qué diablos está su merced diciendo? ¡Abrir yo la puerta de la calle á las doce de la noche!... Paréceme que su merced quiere burlarse de mí. El perro y yo somos bien nacidos y no engañamos á quien nos da el pan, y yo por mí hace veinticinco años que como el del amo. Asi pues, señorito, dejémonos de bromas, pues ni yo ni el perro le hemos de decir otra palabra que la que fuere razon.

Convencido nuestro enamorado de que todas sus gestiones con respecto al perro y á Juan serian igualmente infructuosas, se retiró de nuevo á su cuarto, mohino y pensativo, dando al diablo además la importuna fidelidad de aquel par de animales bien nacidos; pero la idea que habia concebido era harto risueña para ser desechada por un obstáculo solo: asi pues reflexionó un rato, y asomándose al balcón con ademán de persona que busca traza, notó que este daba sobre una ventana, suficiente baja para temer poco el daño de una caída: Y por otra parte, decia él para sí, algo se ha de aventurar en una empresa amorosa. Resuelto en fin á escalar su propia casa, templó cuidadosamente la guitarra, se armó de una espada por lo que pudiese tronar, y embebecido en la contemplacion de sus dulces esperanzas, aguardó impaciente la temprana cena, y mas impaciente todavia la hora feliz de la media noche.

Sonaron en fin las doce apetecidas campanadas, y nuestro Don Pepito, con guitarra en mano comenzó á bajar por las rejas que estaban debajo de su balcon, si bien con la torpeza inherente á ejercicio por él tan desusado: así fué que enganchándose el pié en el último hierro (que esa fué su fortuna), vino al suelo con estrépito, aunque á dicha no se rompió pierna ni brazo. Al ruido gruñó el perro, y por consecuencia gruñó Juan; pero es fama que ni uno ni otro llegaron á romper en el ladrado, mientras el derrengado amante, que empezaba ya á padecer físicamente por el amor, caminaba con toda la prisa compatible con sus recientes cardenales y desolladuras. Llegó con efecto frente á la ansiada y desierta ventana, y templando de nuevo el instrumento, partípe tambien del batacazo de su señor, cantó la cancion siguiente, compuesta al efecto por un estudiante su amigo.

Ingrata señora
que sorda á mi voz,
con desdenes hieres,
matas con rigor;
airada ó risueña
mírame por Dios:
que sino yo muero,
yo muero de amor.

Tu dulce sonrisa
dó el cielo grabo
del placer la imágen,
de ángel el candor,
á tantos afanes
sea el galardón:
que sino yo muero,
yo muero de amor.

No bien concluía D. Pepito su segunda copla, cuando hé aquí que de una ventana baja de la casa, la cual se hallaba frontera al sitio en que suspiraba nuestro nocturno cantor, se oyó salir algun ruido como de abrir los cristales, apareciendo poco despues en la reja un bulto que parecia caminar con precaucion y mirar á todas partes con cautela. La noche era oscura, y la ventana elevada casi á la altura de un hombre: por otra parte, en aquel cuarto no habia luz alguna; dejándose solo traslucir que el recatado bulto llevaba puesta una cosa blanca, sin poder discernirse si por los hombros ó por la cabeza. Latió entonces de placer el corazon del dichoso amante; centellearon sus ojos con el triunfo, y con ademán mas que nunca amartelado, volvió á cantar de esta manera:

Mírame á tu reja
constante amador
exhalar suspiros
de ardiente pasion.
Ah! logren mis ansias
el primer favor:
que sino yo muero,
yo muero de amor.

El animado y blanco bulto de la ventana, si bien permanecia en aquel mismo sitio, daba evidentes señales de impaciencia. Conoció por ellos D. Pepito que debia ya cesar en su canto, juzgando razonablemente que aquellas señas le indicaban el temor de que despertase la entonces burlada Doña Estefanía; y así, aflojando la prima de la guitarra en señal de tregua, se aproximó con paso temeroso á la reja que le separaba del idolo de sus pensamientos, y con cortada y meliflua voz le dijo de esta suerte:

—Si este primer favor que obtienen mis ansias, y que pagara gustoso con toda la sangre de mis venas, me autoriza, hechicera Rosita, á esperar de V. mas halagüeña correspondencia á una pasion que mis miradas han debido darle á conocer mucho tiempo há, forzoso es que ponga el sello á sus bondades permitiéndome que esta misma reja que ya adoro, sea testigo muchas veces de mi amor, y que á ella venga frecuentemente á cantar mis esperanzas, como esta noche ha escuchado sus desdenes. Sé que necesito llegar á merecer á V. á fuerza de finura y constancia; pero si los cortos méritos de un cariño superior á los obstáculos, unidos á la pureza de mis intenciones, son de algun peso en el corazon de la perla de Cádiz, entonces no debo llevar la desconfianza hasta el punto de la desesperacion. Concluyo pues suplicando á V. se digne admitir este billete, y si logra por respuesta una letra de V., besaré mil veces los caracteres que me prometen la felicidad de mi vida entera.

Diciendo esto alargó la mano con el objeto de colocar en la de su querida la misiva de que era al propio tiempo portador, cuando saliendo de entre los hierros unas férreas y negras uñas, asieron de las narices al tierno enamorado, sacudiéndoselas con violencia tal, que sin ser parte

á contenerse, comenzó á dar lastimosos alaridos: á ellos soltó su presa la mano ateneadora, y volviendo la espalda la fantasma á que pertenecía, dióse á correr por el cuarto, dejando caer la tela blanca en que iba rebozada, y mostrando en su fuga el prolongado rabo de un feísimo y corpulento mico de Doña Estefanía, el cual, rota la cadena, se había envuelto en un pedazo de lona vieja que le servía de cama, y asomándose á la ventana atraído por la música que á deshora sonaba en la calle.

Entre tanto los agudos chillidos y el castañeteo de dientes del horrible mico, juntamente con los lamentos del desengañado amante, habían atraído al balcón á una vieja que vivía en un mirador de la casa de enfrente, la cual, mohina además porque los cantos de D. Pepito hubiesen interrumpido su sueño, vació sobre el malaventurado músico tal diluvio de líquidos de dudosa procedencia, que mi pobre mozo no tuvo otro remedio que volver malparado y hecho una sopa al abandonado hogar paterno. ¿Era este, dijo, aquel primer favor tan anhelado? Y echando una triste ojeada sobre su remojada persona, exclamó entre suspiros: «¡Ay amor, como me has puesto!»

CAPÍTULO III.

LA BUENA VENTURA.

Picatoste.....Esta es
de Lucigüela sin fé,
Don Claudio, la habitación.
Claudio.—¡Valgame Dios qué mansion
tan como qué sé yo qué!
(ZAMORA, El Hechizado por fuerza.)

Bajo la fé del doble Argos que guardaba su ferrada puerta, reposaba D. Braulio la seculenta cena de la pasada noche, bien ageno de que su posteridad se cuidase tan poco de dormir, y menos aun de que anduviese á aquellas horas en sabrosas pláticas con un mico; así fué que hasta bien entrado el día no dió acuerdo de su persona. No sucedía lo mismo á nuestro D. Pepito, quien despues de haber tomado por asalto la casa paterna, entrado en ella harto más mustio y remojado de lo que salió, procuraba en vano conciliar el sueño que huía de sus párpados. «He aquí frustrados, decía, todos mis halagüeños proyectos: héme aquí escarnecido por alguna impia bruja sin duda, y magullado por un mundo animal, cuando creía tocar al término de mis limitadas esperanzas. Pero por otra parte, continuaba, ¿es esta suficiente razon para desistir de los proyectos que tengo formados, y que en vano trataría de abandonar? No por cierto: ni es tan corto mi cariño que desmaye por un revés, ni se han agotado todavía todos los recursos.» Meditó en seguida un rato, y prosiguió despues diciendo:

—Esa madre caribe es un obstáculo superior á las fuerzas humanas; pero aun esto sería lo de menos á conocer yo que Rosita me quería, y á la verdad, no puedo engañarme á mí mismo: ella, maldito el caso que hace de mí.

Esta última reflexion era en efecto tan cierta como triste, y su exactitud abatió de tal manera el ánimo de nuestro enamorado, que pálido y confuso salió de su cuarto apenas era de día. El primer objeto que se presentó á su vista en quella desusada hora, fué la vieja Remigia, viuda desde el año del terremoto, y despues doncella de la difunta muger de D. Braulio. El entrañable cariño que profesaba á Pepito hizo que se asustase al verle tan demudado y tan madrugador: y así habiéndole dado los buenos dias, y preguntándole acerca de cómo había pasado la noche, entró francamente en materia, diciéndole de este modo:

—Su merced sabe, señorito, cuánto le quiero, y cuánto quise á la difunta (que esté en gloria); por lo mismo no estrañará el interés que me tomo, así en sus pesares como en sus aumentos. Yo sé lo que es el mundo, y aunque hace muchísimo tiempo que tuve veinte años, alcanzo lo que puede dar de sí: en una palabra, su merced tiene amores, y no es tan bien correspondido como merece.

Asombrado se quedó el buen D. Pepito al oír aquel rasgo, que él creía de sagacidad, aunque en rigor solo lo fuese de la refinada malicia natural en las viejas; y como además un enamorado novel es capaz de ir á contarle sus penas á la bigornia de un herrador, de aquí fué que de pe á pa la puso al corriente de su estado, y de sus pocas, por no decir ningunas esperanzas.

Escuchole atentamente Remigia, y despues que hubo acabado, le dijo con tono solemne y misterioso: «Veo que lo que su merced necesita es saber si Doña Rosa está ó no dispuesta á quererle, y eso es asunto de poca dificultad. Yo conozco una gitana que es un prodigio, y que como siete veces me es, no hay quien la eche el pié adelante en esto de decir la buena ventura. Iremos á su casa, y por un par de pesetas sale su merced de cuidados.»

La formalidad con que esto decía la vieja, impuso un poco al enamorado Pepito; pero luchando aun entre las preocupaciones en que había sido criado y las prudentes dudas de su no muy bien cultivada razon, respondió á su consejera:

—Pues qué, ¿crées tú que pueda tanto la habilidad de una gitana que?

—¡Y cómo si lo creo! contestó Remigia: por mis propios ojos he conocido á mugeres que han visto muchas veces en el pozo de la tía Blasa á sus maridos, que estaban en Indias, y otras cosas á este tenor; pero lo que no me podrá negar nadie es lo que sucedió á una cuñada mía, y que le contaré á su merced para que vea lo que sabe la gitana. Pues, señor, mi cuñada era muy pobre, y así la conocí yo hace años en el barrio de la Viña, cuando un día, habiendo ido á que la tía Blasa le dijese la buena ventura, le pronosticó esta que pronto había de tener dinero, y que la fortuna le había de entrar en su casa por el rabo de un gato negro. Rióse la muger y volvió triste á su casa: ¡pero figúrese su merced cuál se quedaría cuando al entrar en ella vió en efecto un gato negro que dormía al lado del anafe! Así siguió por cerca de un mes, como si se hubiese criado allí desde chico, hasta que una tarde que el animal dormía junto al fuego, metió en él la punta del rabo, chamuscándose todo: con el dolor despertó el gato, y corriendo por la puerta afuera, se metió en una habitación, desalquilada había ya muchos años, trepándose en seguida por un rollo de esteras viejas que estaban arrimadas á la pared. Con el peso cayeron al suelo las esteras, y mi cuñada encontró dentro del rollo un bolsón de cuero lleno todo de pesos duros: puso con ellos un puesto de aceite y carbon, y antes de dos años ya tenía una casa suya en la Viña. Esto yo lo ví, que no me lo contó nadie.

Los enamorados creen en brujas, porque creen en todo: así fué que vencido D. Pepito por el último argumento, y por el yo lo es terminante que lo acompañaba, se volvió á Remigia y le dijo:

—Hoy mismo has de venir conmigo á casa de la tía Blasa. Pues tanto alcanza, quiero saber mi suerte; y si para hacerla propicia necesita de dinero, yo la pagaré bien.

—Así sea, dijo la vieja, y dos horas despues ya estaban ambos en la calle.

Al lado de la puerta oriental de la antigua villa de Cádiz, hoy Arco de los Blancos, se descubren los viejos restos del castillo que la defendía, llamado un tiempo de la Villa, y muy posteriormente de Guardias Marinas; su robusta mole yace aislada en medio de estrechísimas, sucias y empinadas callejuelas, en las que cada paso es un precipicio, y las cuales positivamente no han sido jamás pisadas por la mayor parte de mis lectores, ignorando quizá muchos de ellos hasta su misma existencia. En una pues de estas, á quienes daremos si se quiere el nombre de calles, aunque más parezcan vericuetos de cabras, y enfrente de uno de los torreones, que á despecho del tiempo y de la autoridad alzan todavía sus negras cabezas sobre aquel negro suelo, se ven aun las ruinas de algunas casas que el desnivel del terreno hace aparecer hundidas y como subterráneas, haciendo mas triste y asombradizo el aspecto de aquel lugar tan poca vez hollado por planta humana. Uno de aquellos arruinados casuchos, dice la historia, era por los años de 1799 la inmunda habitación de la tía Blasa, y hácia él trepaban á buen paso, en el momento de que hablamos, la buena Remigia y el cándido Pepito: aquella llena de esperanzas y henchida de ilusiones, á que la autorizaba la memoria del rabo del gato; y este caminando por máquina y tropezando con todo el mundo, segun antiquísima y perjudicial propiedad de todo enamorado.

Era el templo de esta sibila del barrio de Santa María, un ahumado y sucio cuartucho, cuya natural lobreguez aumentaba el pardo color de unas paredes tan vírgenes de cal de Moron como preñadas de telarañas, jamás molestadas por la escoba, y cuya pífica posesion disfrutaban de padres á hijos cien generaciones de aquellos asquerosos insectos. Hácia un rincón del lado de la estrecha puerta yacía en el suelo un roto anafe de yeso, que en algun tiempo debió de haber sido blanco, sobre el que se elevaba entre tres carbonos medio apagados un desboquillado puchero, del que exhalaba su oriental aroma el flatulento potaje de lentejas. Sobre una silla coja, arrimada á la pared por una precaucion harto prudente, dormían con el tranquilo sueño de la infancia un gato maltés y un perro chino, como dormían Rómulo y Reno en la cueva de la loba del Tiber: otras dos viejas sillas, cuyas mugrientas aneas habían sido en parte reemplazadas por algunas ralas tomizas, y una alacena con puertas de celosía, colgada de dos clavos que había en la pared, componían, amen de su persona, el ajuar ostensible de la tía Blasa.

Era esta una muger como de hasta cincuenta años; grandes y espantados ojos; cabello lacio, negro y lustroso como el ébano, cayendo en largas greñas sobre su espalda y á entrambos lados de su africano rostro. Unas anchas y cortas enaguas, verdes algun día, pendían de su cintura, dejando la parte superior del cuerpo entregada á una esclusiva camisa, no tan exenta de respiraderos que no necesitase el auxilio de un viejo retazo de mantilla de franela, la cual, cruzados ambos picos sobre el pecho, venían á atarse á la espalda, tres ó cuatro dedos por cima del talle.

Al entrar Remigia y su jóven compañero en aquella estancia, donde

debía abrirse el libro de los hados, hallaron á la sacerdotisa sentada en el suelo y mondando un pepino, destinado sin duda á amenizar el nocturno gazpacho; y aunque parezca que el ser sorprendida en ocupacion tan poco digna de un intérprete de las estrellas, debió haberla enojado. no fué así, antes al contrario, no bien oyó la salutacion de la vieja doncella, cuando alzando la cabeza, y separando con la una de sus descarnadas manos los prolongados cabellos que caian sobre sus ojos, contestó con un Dios guarde á sus mercedes, sin mudar por eso de postura ni abandonar el resto de un cuchillo sin-mango que empuñaba para llevar á cabo su comenzada tarea. Entonces Remigia, dirigiéndose á ella, le habló de esta suerte:

—Señora Blasa, aquí le traigo á V. un marchante que pocos mejores habrá tenido en su vida: necesita de su ciencia en la buenaventura, y de los consejos que su mucho saber puede darle; porque el pobrecito, como V. habrá conocido ya en esa cara de dos palmos de largo que trae puesta, está enamorado como un borrico de una currutucuela de diez y ocho, que ha dado en la flor de no querer á mi señorito. Anímó, y á él, señora Blasa, y cuenta con que no lo deje por ningun dinero, pues el hijo de D. Braulio Churrugaya merece eso y mucho mas.

En oyendo esto se levantó la gitana sobre sus chancletas, que dejaban descubrir buena parte de dos flacas y desnudas piernas, y acercándose al mozo, dijo, despues de mirarle con afectada atencion:

—Y que es como una perla! Dios lo libre de mal y lo guarde de tanta mozuela picacona como anda por ahí echando á perder á los hijos de familia. No tenga su merced cuidado, hijo mio, cuénteme todo, y confie en que se hará lo que se pueda.

Absorto estaba Pepito de cuanto veía y escuchaba; pero ya estaba dado el primer paso, y era repugnante el volverse atrás: por otra parte, ¿qué es lo que iba á aventurar en aquella nueva confesion? Así fué que sentándose á ruegos de Blasa y con la necesaria precaucion en una de las desvencijadas sillas de aquel zaquizami, comenzó á relatar ce por be todo cuanto ya saben mis lectores, á los que harémos gracia de esta segunda edicion de sus quijotescos amores y de sus lastimosas aventuras. Oyólo todo atentamente la sagaz vieja, y poniéndose despues en guisa de meditar algun grave proyecto, permaneció pocos instantes con la cabeza apoyada en la una mano, cerrados los ojos, y pronunciando en voz baja algunas palabras ininteligibles, al cabo de las cuales se levantó de nuevo, abrió la alacena, y sacó de ella una mugrienta baraja, algo semejante á la del honrado Rinconete: hecho esto, pasó entre ambos el siguiente coloquio:

—Dijo su merced que esa niña se llamaba Rosa: ¿no es verdad?

—Así es en efecto; pero yo no entiendo qué tenga que ver...

Blasa entre tanto sin curarse de sus objecciones, puso la baraja en el suelo, alzó un naípe (era la sota de bastos), y sacando un alfiler picó con él en tres distintas partes de la figura, que fueron entrambos ojos y la punta de la oreja izquierda, y poniendo en seguida el ya dicho naípe á la claridad, pareció como que observaba atentamente la respectiva distancia de las picaduras.

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Á ELISA.

¿Por qué en carmin bañada,
dulcisima doncella,
la faz ocultas candorosa y bella,
y en el tímido seno
doblas la frente, hurtando la mirada?
tal huye la paloma
y escóndese cobarde cuando asoma
la parda nube donde mora el trueno.

Oh! ven, no temas: fría
mi frente está, y sin lumbre
mis ojos, que al desmayo rinde el tedio;
y mas, Elisa mia,
no aguardo en mi remedio
si no es que en tu mirada amor vislumbre,
y aspire el ámbar que tu labio cria.

¿No sé ya que me adoras
y en sed de amor tu corazón suspira?
¿Pues qué tardas? Al rayo de la luna
conmigo ven risueña
donde no turbe sombra ó voz alguna
el largo paso de las blandas horas
en nube, ó fuente, ó desatada Peña.
Mirame entonces, mira
la hoguera de mis ojos apagada,

incéndiala en tu amor, y arda la lira
con tu voz y mi voz entusiasmada.

Dejemos la arboleda
cargada en fruta y flores,
en cuyos troncos el jazmin se enreda,
cuyo ramaje pueblan ruiseñores;
allí la torpe muchedumbre ondea,
la mente hartando en fútiles antojos;
mas comprimido el corazón desea,
y brota en vano, de los labios rojos
que el azahar copioso perfumea,
amor, y amor de los sedientos ojos.

Dejemos la ignorada
húmeda gruta como noche umbría
donde nunca tocaron de pasada
ave, aroma de flor, ni luz del día,
donde trémulo acude,
porque la negra soledad le escude,
el miserable adúltero que corre
la senda del placer con torpe planta,
aquel que en pena tanta
pide á la sombra que su dicha borre
y odia el recuerdo que la dicha encanta.

Libres somos tú y yo, como la hoja
que salta leve del robusto tronco,
y, ya camina por el aire ronco
de las nubes en pos, y ya se arroja,
detrás de la corriente
que lenta arranca del peñón la fuente.
¡Libres somos los dos! Y ni engañado
esposo en justo ceño,
ni padre amante, ni galán burlado,
turbarán el instante que halagüeno
des, Elisa, á mi pecho enamorado.

Dulce, eterna ventura
hallaremos tranquilos,
debajo de los tilos
que nos estan sus copas ofreciendo,
y en lecho de balsámica verdura,
solos los dos, mas de ninguno huyendo;
y en suspiros rompiendo
irá mi voz tras de tu voz querida,
y acorde oiremos su feliz conjunto,
mirándose en un punto
mi alma con tu alma confundida,
y mezclado en ardiente desvarío
con tu cándido amor el amor mio.

¿Y aun te ocultas? ¿Aun velas el semblante,
y al pecho palpitante
juntas la blanda frente, y en rocío
de amargo llanto impio
convuértense, mi Elisa,
las dulces olas de tu dulce risa?
¿Qué tienes? ah! ¿te enoja el que te ame
tanto, ó quizá el acento dolorido
que tu desden me arranca,
ó que á frondosa soledad te llame,
y aquella, á cuyo rayo te convido,
cándida luna, silenciosa y blanca?
Dime, mi bien, qué tienes,
mira que solo en ti venturas creo,
y si á la voz de mi cantar no vienes
con lento afán me matará el deseo.

Pero ¡al cabo la pena
de tu sencilló corazón comprendo!
¡casto rubor tirano te encadena,
y al explicarte mi pasión te ofendo!
ay! como quieras á callar me obligo,
mas ven, Elisa, por piedad conmigo.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

22 de Abril de 1852.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.